

# Introducción: Recuperar la política

*Nicolas Pons-Vignon*

Con motivo de la crisis financiera mundial, muchos economistas progresistas y sindicalistas han intentado entablar un diálogo con gobiernos y empresas, confiando en lograr la adopción de políticas razonables y equilibradas. Tal vez lo han hecho porque se trata de un enfoque que solía funcionar en el pasado, especialmente en contextos socialdemócratas, o porque, muy al inicio de la crisis, se les escuchó con tanto respeto como durante la época dorada del «compromiso keynesiano» en economía. Tal vez estén convencidos de que los gobiernos deberían «ver» qué pasa y aspirar a adoptar más políticas integradoras. Pero como escribe en este volumen Sharan Burrow, la Secretaria General de la Confederación Sindical Internacional (CSI), «si durante la crisis las organizaciones de trabajadores podían haber previsto que había dado comienzo una nueva era de diálogo, está claro que el momento ha pasado». Está claro que los gobiernos no están «viendo» nada; de hecho, el modo en que han respondido a la crisis refleja que no basta con recurrir a argumentos sólidos. ¿Son las políticas neoliberales, y los desmesurados aumentos de la desigualdad que han provocado, responsables de la crisis? Lo cierto es que las políticas adoptadas al inicio de la crisis no hacen sino corroborarlo, desde la ausencia de alguna reglamentación significativa (o, más bien, moderación) de la «innovación» financiera a las ayudas a los bancos por parte de los Estados, que, a su vez, han reducido gastos, trasladando así los costos de la crisis a los trabajadores ordinarios y a las personas desempleadas. Los sindicatos han utilizado su poder organizativo e institucional para resistir a los ataques incesantes a sus derechos sociales y laborales; pero tras decenios de perder terreno, la crisis financiera está precipitando el mayor debilitamiento de sus pilares tradicionales de poder e influencia. ¿Qué hay que hacer al respecto?

Ante esta situación, los trabajadores se enfrentan a una disyuntiva: por un lado, no pueden permitir que su influencia disminuya aún más y, por otro, con la adopción de una estrategia más opositora corren el riesgo de verse aún más marginados si ésta fracasa. Esto tal vez vaya a suceder Francia, aunque, a pesar

de no haber conseguido frustrar la reforma de las pensiones, la fuerza del movimiento que tuvo lugar en otoño de 2010 haya levantado los ánimos (véase el ensayo de P. Légé). Los sindicatos han reconocido la necesidad de luchar contra el empleo precario, construir nuevas alianzas (por ejemplo, defender los derechos de los trabajadores domésticos; véanse los ensayos de C. Hobden y de V. Alleva y M. Moretto), dedicar esfuerzos para organizar a los trabajadores, y recuperar el control democrático de los mercados. Pero para conseguir una reducción significativa de la desigualdad (y del poder de las finanzas) se requiere tanto la formulación de alternativas de política convincentes como la determinación de luchar para llevarlas a la práctica. Para ello no basta con buenas ideas y mandos decididos; para que las cosas cambien también es necesaria la imaginación, la voluntad y la confianza de las personas.

Si bien es importante reconocer las dimensiones positivas de las últimas movilizaciones, también es evidente que, en conjunto, les falta inspiración e impulso políticos. Existen cuatro ámbitos en los que la lucha contra el neoliberalismo debe hacer campaña si quiere salir vencedora y dar lugar a un proyecto coherente. Estos cuatro ámbitos son, por orden de importancia, la academia, la ideología, las políticas y la política.

En el frente académico, el predominio de la economía neoclásica debería refutarse con firmeza, como mínimo con la misma firmeza con que se ha refutado el derecho a existir de toda supuesta «heterodoxia» en su espíritu mientras «colonizaba» otras ciencias sociales (Fine y Milonakis, 2009). Apenas puede ponerse en duda que la incapacidad de los formuladores de políticas actuales de emprender acciones decisivas para potenciar el poder estatal destinado a proteger a los trabajadores está vinculada al discurso hegemónico neoclásico de los últimos decenios. Si se considera la mano de obra como un simple costo y el desempleo como una situación voluntaria, es difícil creer que con salarios más elevados se mejorará una situación de abandono (véase ensayo de C.W.M. Naastepad y S. Storm). La lucha por la pluralidad en la economía tendrá que empezar en el plano nacional – e iniciativas como la recientemente constituida asociación francesa de economía política (AFEP, véase [www.assoekonomiepolitique.org](http://www.assoekonomiepolitique.org)) son dignas de elogio –, pero también deberá recurrir a alianzas internacionales. De hecho, sólo una iniciativa internacional concertada logrará incidir en la jerarquía autorreproductora de las revistas económicas, ninguna de las cuales, según la mayoría de las clasificaciones, incluye una sola que no sea exclusivamente neoclásica entre las primeras.

En el frente ideológico, ha llegado el momento de impugnar la hegemonía del mercado. Nociones simplistas como «el sector privado es más eficiente» deben cuestionarse enérgicamente en el debate público, junto con los

llamamientos a la inclusión sistemática del sector privado en las inversiones públicas, como en las asociaciones público-privadas, o para la comercialización de la gestión de funciones del Estado, ya sean servicios públicos como la atención de salud u otros. Los argumentos utilizados para apoyar estos llamamientos a menudo se basan en falsedades (como en el caso de la reforma de las pensiones; véase el ensayo de P. Légé) o en series de anécdotas tendenciosas, como el artículo sobre política industrial publicado en *The Economist* en agosto de 2010<sup>1</sup> que enumeraba las empresas públicas fallidas, como si todas las empresas privadas tuvieran buenos resultados. La utilización engañosa de los términos también es un elemento clave de la ideología neoliberal, como, por ejemplo, en el caso de «liberalización»: aquí no es la «libertad» la que está en juego, sino la participación cada vez mayor (y los beneficios) del capital privado. En esta línea encontramos instituciones como la Comisión Europea, que presiona insistentemente para abrir a la competencia a entidades públicas que en ocasiones están muy bien dirigidas. En países como el Reino Unido y muchos países de transición sujetos a «terapia de choque», los inconvenientes de la privatización y la liberalización están más que claros. Al igual que ocurre con los trabajadores y los sindicatos, la defensa de sus derechos (excepto cuando es de carácter muy restringido) debería enorgullecerles más que avergonzarles. Recuerdo a un dirigente del Congreso de Sindicatos Británicos (TUC) casi disculpándose ante un periodista de la BBC por impugnar los masivos recortes del sector público que proponía el Gobierno. El periodista comentaba con desdén que los trabajadores irlandeses demostraban ser mucho más responsables y estar mucho más dispuestos a compartir los costos. Los derechos de los trabajadores no son incompatibles con el crecimiento económico (véanse los ensayos de R. Janssen y J. Somavia) ni con los intereses nacionales de un país (véase el ensayo de F. Garibaldi). La lucha ideológica debe contar con una política firme para frenar la influencia de los grupos de presión de las corporaciones.

En el frente de las políticas, donde más se ha centrado la *Global Labour Column*, ha llegado el momento de exigir políticas audaces que rompan por completo con el frenesí financiero y privatizador de los treinta últimos años. Las políticas macroeconómicas deberían replantearse y centrarse en promover la creación de empleo, desempeñar un papel anticíclico y apoyar una estabilidad *real*, un objetivo que para muchos países es poco compatible con la auténtica liberalización. Respecto de las políticas microeconómicas, deberían recuperarse en particular las políticas industriales y de competencia, puesto que son un instrumento clave que los gobiernos pueden utilizar para estimular y orientar

el crecimiento. En especial en los países en desarrollo, la posibilidad de utilizar la política comercial para apoyar los objetivos de desarrollo es absolutamente esencial (véanse los ensayos de R. Kozul-Wright y E. Busser). En un mundo donde el cambio climático es una amenaza cada vez más latente, las políticas firmes destinadas a procesar minerales (crear empleo local y reducir los costos de transporte), desarrollar fuentes de energía alternativas (véase el ensayo de K. Naidoo) y garantizar el consumo mínimo en la industria, las redes de transporte y las viviendas privadas e instalaciones comerciales apenas serían viables sin la intervención del Estado. Las políticas sobre competencia destinadas a reglamentar el sector privado son, en un mundo donde el poder de las empresas es cada vez mayor, uno de los instrumentos más necesarios para contrarrestar su influencia tanto entre los consumidores como entre los trabajadores. De igual modo, la gobernanza de las empresas no puede concebirse restringidamente como la responsabilidad de los directores para con los accionistas; los trabajadores y sus representantes deben ser una parte fundamental de nuestra concepción de la gobernanza corporativa.

Pero ninguno de los ámbitos de lucha expuestos reviste tanta importancia como el político, que de por sí depende fuertemente de los otros tres. El logro más notable del neoliberalismo ha sido sin duda el drástico debilitamiento que ha conculcado el poder político de los trabajadores, los sindicatos y las partes afines a ellos. En muchos casos, la política de estos colectivos se ha visto significativamente alterada, ya que existen muchos partidos «laboristas» cuyos programas apenas se distinguen de los de sus adversarios de la derecha. Los sindicatos han perdido muchos afiliados, especialmente fuera del sector público, y el «precariado» descrito por Guy Standing (2011), cada vez más numeroso, a menudo está desengañado con los sindicatos o teme unirse a ellos por las amenazas, explícitas o implícitas, de los empleadores. Restablecer el poder de los trabajadores y de los sindicatos, empezando por el lugar de trabajo, es ahora, más que nunca, una prioridad: una base sólida y movilizadora es la savia de un movimiento político con éxito. Es muy alentador observar huelgas que tanto en el sector público (por ejemplo, en Sudáfrica; véase el ensayo de C. Ceruti) como en el privado luchan cada vez más por reivindicaciones políticas más amplias. En los Estados Unidos, la reciente movilización contra el recorte de los derechos de negociación colectiva de los trabajadores del sector público en Wisconsin (y la amenaza de campañas similares en otros Estados del país) tal vez apunten tanto al despertar político de los sindicatos, como al final del «legado de Reagan», en virtud del cual muchos americanos de clase trabajadora y de clase media apoyaron políticas que les perjudicaron<sup>2</sup>. No obstante, para vincular las movilizaciones relacionadas con el lugar de trabajo a otras

movilizaciones progresistas con objeto de promover un nuevo proyecto político, será preciso superar el *impasse* de la «tercera vía» que tantos partidos han adoptado para garantizar su éxito electoral.

La Global Labour Column se ha erigido en foro de debate sobre la naturaleza de la crisis y sobre las políticas que deberían adoptarse para defender los intereses de los trabajadores en todo el mundo. Al hacerlo, actúa como caja de herramientas intelectuales y políticas que no teme hacer preguntas difíciles como: ¿por qué no se ha producido un cambio político a pesar del fracaso del régimen económico actual? y ¿cómo y en qué deberían cambiar los sindicatos para tener más peso en la elección de las políticas que afectan a la clase trabajadora?

Tras hacer un llamamiento (desoído en gran parte) a no «malgastar la crisis» en la primera antología de la Global Labour Column, este segundo anuario recoge, en la primera parte, las políticas que se han aplicado tras esta gran depresión, así como la resistencia con que se han topado. Desde Italia hasta Sudáfrica, se analizan y contextualizan la lucha popular contra el neoliberalismo y las políticas de austeridad. Que la crisis actual tiene sus raíces en la desigualdad no es sólo una opinión muy extendida e indiscutible, sino que también es una tendencia persistente cada vez mayor. Por consiguiente, debemos poner el neoliberalismo en entredicho, desde sus fundamentos teóricos (en la economía neoclásica) hasta su constante supremacía en la política económica.

Como uno de los continentes más afectados por la crisis, el caso de Europa se debate ampliamente en la parte II, que empieza con un artículo visionario de Andrew Jackson alertando a los europeos contra el modelo de austeridad canadiense. Muchas de las soluciones propuestas para lidiar con los diversos problemas económicos de los Estados miembros de la UE se refutan con fuerza, al igual que las propuestas que sugieren que la deflación salarial debería ser la clave para salvar el euro (véase el ensayo de R. Janssen sobre la gobernanza económica europea). Para evitar el derrumbamiento del continente (y sus sobrecogedoras consecuencias), el concepto de Europa debe defenderse y reinventarse. La Europa neoliberal, centrada en defender los intereses de las grandes empresas, cuya verdadera Constitución es el Acta Única Europea de 1986 (un documento elaborado a partir de extractos de un documento blanco de los empleadores)<sup>3</sup>, debe dejar paso a una entidad progresista que persiga la meta de reducir la desigualdad entre sus Estados miembros y en el interior de los mismos.

En la parte III se debaten las repercusiones de la globalización neoliberal en la política de desarrollo, junto a posibles alternativas. La transparencia y

«disciplina» fiscal, cada vez mayores, que se imponen a los países en desarrollo tras la crisis de la deuda de los años ochenta contrastan con la disposición para conceder facilidades de pago a los bancos y operadores financieros que llevaron a la economía mundial al borde del abismo<sup>4</sup>. La caída masiva de la demanda por parte de los países ricos ha mostrado la importancia decisiva de construir una demanda nacional (¿acaso no es eso el desarrollo?) en lugar de centrarse únicamente en recortar costos laborales y de otro tipo con la esperanza de ser competitivos en los mercados de exportación (véase el ensayo de J. Ghosh). En lo que respecta a las «buenas políticas», el consenso sobre el libre comercio parece más débil que nunca y se está alentando – justificadamente – a muchos países en desarrollo en su lucha por ganar margen político para poder aplicar sus políticas industriales y sociales con objeto de apoyar el desarrollo (véase el ensayo de P. E. de Andrade Baltar sobre los logros conseguidos en el Brasil).

La parte IV se ocupa prioritariamente de la cuestión fundamental de la desigualdad, que encontramos en el origen de la crisis actual, y sirve para poner de manifiesto los intereses de clase que han sido el motor del neoliberalismo (véanse los ensayos de S. Mohamed y O. Onaran). La desigualdad creciente está estrechamente vinculada a la disminución de los salarios y de los derechos de los trabajadores, al igual que a las presiones de los fondos de capital privado (véase el ensayo de M.A. Caporale Madi y J.R. Barbosa Gonçalves).

Como se ha debatido en la última sección del libro, la defensa de los derechos y de los salarios de los trabajadores es absolutamente necesaria para garantizar un crecimiento sostenible en el mundo. De hecho, un trabajo y unos salarios decentes proporcionarán una fuente mucho más estable (y digna) de demanda efectiva que los productos financieros estructurados. En su ensayo, Frank Hoffer debate la función de las normas internacionales del trabajo en la adopción de un enfoque más coordinado de los salarios y las condiciones de trabajo, mientras que el Director General de la OIT, Juan Somavia, aboga por «actuar en pro del trabajo decente para todos en todo el mundo», puesto que el riesgo (real o imaginario) de la competencia por los salarios bajos puede actuar como fuerte elemento disuasivo en los países. El programa es ambicioso, ya que implica la inversión de tendencias muy arraigadas como la exclusión de muchos trabajadores de las negociaciones salariales o incluso de la protección (véase en ensayo de C. Hobden sobre los trabajadores domésticos), o la mayor incidencia del trabajo temporal y la creciente desigualdad salarial (véanse los ensayos de R. Janssen y de P. Belser). Esta ambición es necesaria si de veras pensamos que existe una alternativa; eso sí, será precisa una movilización amplia y enérgica para convertirla en realidad. Ya es hora de recuperar la política.

## Referencias

Fine, B.; Milonakis, D. 2009. *From economics imperialism to freakonomics: The shifting boundaries between economics and other social sciences* (Londres y Nueva York, Routledge).

Lordon, F. 2008. *Jusqu'à quand? Pour en finir avec les crises financières* (Paris, Raisons d'agir).

Standing, G. 2011. *The precariat: The new dangerous class* (Londres y Nueva York, Bloomsbury Academic).

## Notas

<sup>1</sup> «The global revival of industrial policy. Picking winners, saving losers», *The Economist*, 5 de agosto de 2010, <http://www.economist.com/node/16741043>. Cabe señalar que el debate en línea del sitio web de *The Economist* obtuvo un resultado abrumadoramente a favor de la política industrial, con un 72 por ciento de los votantes en desacuerdo con la opinión de que «la política industrial siempre fracasa».

<sup>2</sup> Sobre las movilizaciones de Wisconsin, véase C. Feingold: «The march to protect workers' rights and the middle class», *Global Labour Column*, 28 de marzo de 2011; así como R. Fantasia: «Could Wisconsin break Reagan's spell?», *Le Monde diplomatique*, abril de 2011.

<sup>3</sup> Sobre este tema, véase F. Ruffin: «A Bruxelles, les lobbyistes sont 'les garants de la démocratie'», *Le Monde diplomatique*, junio de 2010.

<sup>4</sup> A propósito de la financialización, véase el ensayo de H. Herr y R. Stachuletz en esta publicación, así como el brillante ensayo de Frédéric Lordon sobre la crisis financiera publicado en 2008.

Nicolas Pons-Vignon es miembro investigador superior en el programa de investigación *Corporate Strategy and Industrial Development (CSID)*, de la Universidad de Witwatersrand, Sudáfrica. Sus investigaciones están centradas en el desarrollo y las políticas industriales en Sudáfrica, así como en la mano de obra, la pobreza y la asistencia para el desarrollo. Es el editor jefe de *Global Labour Column*, y fundador y director de cursos del *African Programme for Rethinking Development Economics* anual (APORDE; [www.aporde.org.za](http://www.aporde.org.za)). Ha participado en el diseño e impartición de clases de dos cursos de economía de postgrado nuevos (en teoría y política del desarrollo, y en política y desarrollo económicos) en su universidad. Antes de trabajar con el CSID, fue consultor en el Centro de Desarrollo de la OCDE y trabajó para una organización no gubernamental internacional en Londres, Marruecos y París.